



## La desgracia

Joaquín Marta Sosa<sup>110</sup>

Mire, hay cosas de las que nunca podemos recuperarnos. Ni siquiera con el suicidio.

Imagínese, después de que mataron a mi padre y al asesino lo condenaron a sus buenos treinta años, asesinato con premeditación, alevosía, nocturnidad y agavillamiento, nos quedamos tranquilos, con mucho dolor pero tranquilos.

Se había hecho justicia.

Seis o siete meses después nos llama el abogado para decirnos que lo soltaron, al asesino lo indultó el gobierno. Palabra más, palabra menos, eso fue lo que nos informó. Que era sobrino de no sé quien. Y ya estaba fuera del país.

Mi madre gritó como una posesa, aulló hasta la asfixia, sudorosa como un caballo que se resiste. Después vino el infarto. Quedó con los ojos abiertos como un par de espejos turbios. Y con todo eso por delante no podíamos entenderlo sino como un mandato de venganza.

Así me lo pareció, sabe.

La enterramos. En la noche nos reunimos, discutimos, que no podía quedarse así el asunto, los pros y los contras. Al final todos de acuerdo. Y a mi me tocó la tarea.

Mis dos hermanos se encargarían de asegurarme una mensualidad suficiente, además de otros gastos que aparecieran como imperiosos. En fin, en sus manos quedaba proveerme de lo que pudiera necesitar.

**110** Joaquín Marta Sosa: Es venezolano, hijo de emigrantes y nacido en Nogueira, Portugal, en 1940. Su primer libro de poemas, *Anunciación*, aparece en 1964. Desde entonces ha publicado varias obras entre las que destacan *Dicen los atletas* (1997), *Oscuro sol de los puertos* (1998), *Territorios privados* (1999), *Las manos del viento* (2001), *El río solitario* (2004) y *Amares* (2007). Un año más tarde reúne todo su trabajo poético de 1964 a 2005 bajo el título *Los barcos de la memoria*. Ha recibido varios premios y ha sido publicado en Venezuela y España. Como antólogo, es responsable de los libros: *Navegación de tres siglos. Antología básica de la poesía venezolana 1826/2002* (2003) y *Poetas y Poéticas de Venezuela* (2004). De su poesía se ha destacado la síntesis entre la pulsión narrativa y la expresión lírica. Es también ensayista y crítico.



No estoy casado, no tengo hijos, así que mantenerme cuesta poco.

Así que yo, en nombre de todos, los padres muertos y los hermanos vivos, quedaba con la obligación de alcanzarlo donde estuviera, así fuera debajo de los mares.

Se trataba de un tipo joven, menos de treinta, con un cuerpo hecho de gimnasio en gimnasio y de playa en playa. Pero usted sabe, como lo dejó claro Indiana Jones, no hay cuerpo que sea capaz de parar una bala. Ni siquiera si tiene chaleco antibalas y casco de protección. Le apuntas bien preciso a la garganta, y ya está.

Estuve dos meses y medio en *Mágnam*, aprendiendo a disparar con una pistola finísima que me vendieron unos malandros. Te consiguen de todo y te hacen cualquier encargo. Pero este tenía que hacerlo yo, personalmente, y que el tipo supiera clarito, antes de apagarle la risa, de qué se trataba.

Una vez que pude probarme mi capacidad de buen tirador, me puse a caminar por ahí y a preguntar. Sin aspavientos. Como quien no quiere la cosa. Como de algo sin importancia. Una pregunta como para matar el tiempo entre silencio y silencio, entre trago y trago en las barras donde él solía ir. Las más caras y de lujo de todos los bares de la ciudad.

Me fui también a donde lo juzgaron y me apliqué a conocer todos los entresijos que hasta entonces nos negamos a averiguar. Me fijé en la foto del tipo y la grabé en varios lugares de mi memoria, para que no me fallara. Usted sabe, varias copias de seguridad como aconsejan en el computador. ¿Sabe? yo tengo su mismo nombre, el de mi padre quiero decir, no el del asesino. Antonio Jiménez. Soy el quinto de la familia que lo lleva, por ser el varón mayor. Una tradición desde mi tatarabuelo o bisabuelo.

El asesino con sus cómplices contaron que sólo se trató de ver cómo era eso, qué se sentía con un muerto propio. Que había hecho una apuesta con quienes lo acompañaron, seis más. Pero él lo hizo todo.

Señor juez, dijo, no teníamos nada personal contra ese señor, ni siquiera lo conocíamos. Dijimos, desde la barra, el primero que cruce la calle y tenga corbata. De acuerdo. Esperamos unas dos horas y media, más o menos. No, no estábamos borrachos, dos güisquitos fue lo que nos tomamos. Y entonces se apareció. Y le fuimos detrás.



Siguió al viejo, confiado éste, imagino, porque quienes le venían cada vez más cerca, aquellos siete, eran blancos y bien vestidos, y hablaban entre ellos, se reían, divertidos, sin fijarse en él. Como si estuvieran en cualquier cosa menos en quebrarlo.

Primero, escribe el forense, fue un balazo por la nuca y, ya en el suelo, le metieron otros seis balazos en la espalda. El primero lo mató, los otros sobraron.

Uno por cada uno de la pandilla, ¿se da cuenta? Entre risas, me supongo. Después se fueron a celebrarlo mientras los compinches seguramente le decían, pana, tú sí que eres bravo, y qué rico se siente apretar el gatillo y oír la explosión, pero sobre todo te provoca soltar un grito de gusto cuando te tiembla la pistola en la mano y te sube el brazo en ese momento de la detonación.

El expediente me lo leí completo en el tribunal. El secretario me dijo a ése lo soltaron al ratico. ¿Y dónde estará? Ese tipo se fue a Miami. Ahí se van todos, esperando que su asunto se enfríe. En dos años ya no habrá ni polvo ni paja.

Agarré el avión y me fui para allá. Busqué y busqué y nunca pude encontrarlo. Que si pasó por ahí pero se fue rápido. Unos que para California, otros que para Carolina o Nueva Cork o Atlanta. Que el dinero le salía por las orejas de tanto que le sobraba. De parranda en parranda.

Y mis dos hermanos pasándome la mensualidad y para otros gastos, el cuarto, una ropita, nada del otro mundo, pero gastos.

Y yo buscando a mi prófugo entre pistas de vidrio y lodo.

Nunca di con él.

Con el tiempo la cosa se puso mala. A mis hermanos los echaron del trabajo y sólo les quedó la buhonería. Pero no les daba. Yo tenía ya tres años y medio montado en ese acoso, sin resultado.

Regresé. No había otro remedio. Y a esperar que también él regresara por aquí.

Nunca he sabido si volvió.



Varios años después, en una crónica que detallaba la historia de los sitios que frecuentan los venezolanos en Miami, en una de esas ediciones aniversarias de un periódico, voy y veo la foto. Grande, completa, de un bar.

Mire, ésta es, ya la tengo un poco arrugada, pero se ve.

El que está aquí, en primer plano, ¿se fija?, es él. Ve, con dos mujeres buenotas y esos tres tipos. ¿Se da cuenta del güisqui y de la buena ropa? Es él hace seis años.

Pero no se pare ahí, siga por aquí, en este fondo de la foto. Sí, justo donde tengo el dedo.

Cuando me di cuenta se me fue la sangre al suelo, temblé como si estuviera desnudo en el polo norte. Este, el que está como en un tercer plano, un poco desenfocado, mire, ese mismito, soy yo.

Me acuerdo del día. Estaba cansado y con muchas ganas y me cayó una venezolanita deprimida. Que su marido se había quedado pero que ella se vino porque no aguantaba la situación. Nada, esta es la mía. A usted seguro que le pasaría lo mismo. Todo mi yo se concentró durante las dos horas del bar que le pagué, en esa mujer tristonera pero que prometía. Así fue. Y la madrugada nos la mandamos en mi cuarto con todo, a fondo. Ella por lo triste y yo por lo necesitado.

Y lo había tenido ahí. Fíjese. Cuente, cuente. Una, dos, tres mesas. ¿Ve? A tres mesas de distancia. Y yo cargaba la pistola, de hecho nunca dejaba de andar con ella, por si acaso, nunca se sabe si me lo topaba. Y me lo topé.

Pero ni remotamente sentí su olor.

Y ni mi madre ni mi padre se me aparecieron para darme el pitazo. Antonio, que a tu izquierda está, tres mesas por delante, el que está junto a la buenota desvestida de verde. Ese, sí, el bronceado con el pantalón blanco.

Mire la foto. En la mano donde tiene el vaso tuvo la pistola que mató a mi viejo, pero los dientes que se le ven con la risa son los mismos. No hay pistola pero sí risa, la mismita.

Nada, amigo, mi madre y mi padre se callaron. A ver cuánto respetaba yo la promesa de vengarlos. Eso debió ser. O no hay aparecidos. Esa es la otra. Ni siquiera cuando los necesitas, porque estás ciego, sordo, mudo y con la nariz tapada, para nada que no sea garantizar que esa noche la



desconsolada se olvidará de la familia, por lo menos mientras la tenías agarradita, encuerpada contigo en la cama.

Así se me escapó el matón y la plata dejó de llegar. Me vine, pero entero. Había hecho todo por encontrarlo. Así lo daba por seguro hasta que la foto, esta misma, me descuartizó.

Ahora ando sin dinero y mis hermanos tan fregados que ni me hablan. Se acabó el asunto porque, ¿sabe?, lo que son las cosas, si lo llego a ver ahora creo que no me vendrían ganas de liquidarlo. Y mejor que no lo encuentre, ¿verdad? Una segunda vez sería demasiado. Y si me lo encuentro y no lo mato soy yo el que tienen que matarse. Es que no me aguantaría después.

Mire, lo que le quiero decir es que hoy, este viernes por la noche, preferiría ser el asesinado y no el que persiguió al asesino, ¿me entiende? A lo mejor es que nunca tuve estómago para asesinar y eso me bloqueó aquella noche más que la venezolanita deprimida.

Véala bien. No, ella no se ve. Que vea bien la foto es lo que le quiero decir. ¿Y sabe? Lo peor de todo es que él ni siquiera sospechó que yo lo había convertido en un prófugo. Todavía no debe saberlo.

¿Entiende ahora por qué hay momentos de los no se recupera nadie?

Es que cada uno tiene su desgracia, y la mía, con toda la pachorra del mundo, me esperó en esta foto.

Sí, ya sé, la venganza es un plato que sabe mejor frío. Pero si está congelado mejor no te lo comas. Te va a saber mal. A lo mejor hasta te envenena.

¿Me paga otro roncito?

(Del libro inédito *No Todos Los Días Son Felices*)